



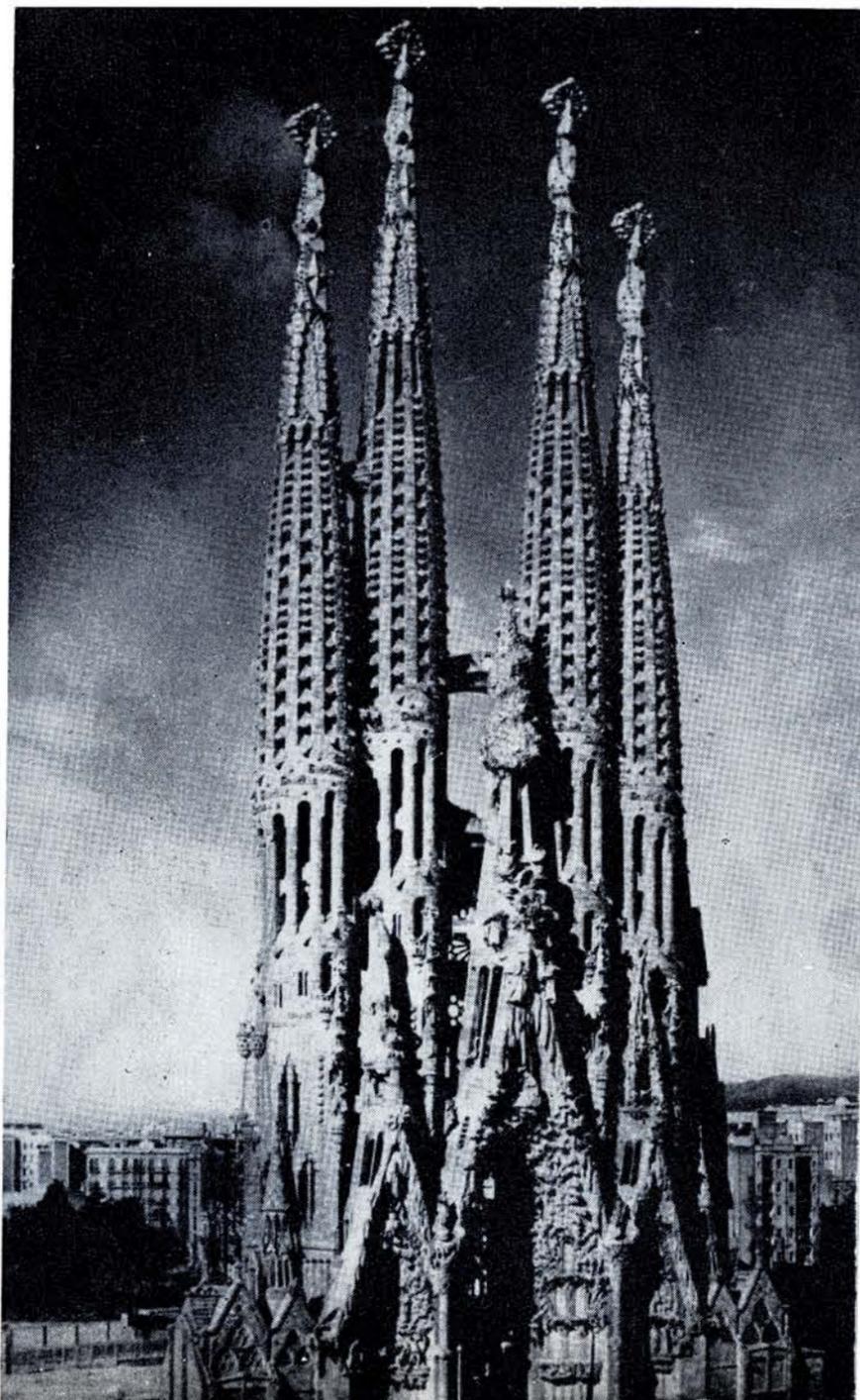
GAUDI

ULTIMO GRAN ARQUITECTO DE LA PIEDRA



PIEDRA EN *bruto*, *pedra en cantería*, *pedra en edad de piedra*.

TROZOS DE *estrellas agonizantes*, *palomas de alabastro*.



El decorativismo arquitectónico de la ciudad de Barcelona ha sido quizás el más insoportable del mundo. Decorativismo amanerado y pedante, del que aún quedan innumerables muestras, y que no sólo se refería a lo superficial externo de la arquitectura, sino que trastornaba incluso su centro funcional y formal.

La piedra fue atormentada aquí al mayor extremo, obligándola a imitar toda clase de naturalezas: animal como vegetal, animada como inanimada —edificios bosque, edificios mujer, edificios cabellera, edificios velos, edificios locura operística, edificios época (no importaba qué época, aunque siempre les resultaba medievalesca)— no logrando sino edurecerla más, petrificándola, ya que la piedra vengativa prefirió dejar escapar su alma.

En ese ambiente insensato de la arquitectura catalana de fin de siglo apareció Gaudí que con una sola casa habría de salvarla, salvándose a sí mismo, y redimiendo a la piedra de su triste destino de parecer objeto inanimado. Gaudí quiso hacer una casa de piedra verdadera y lo logró de tal modo que los barceloneses, acostumbrados a toda aquella figuración alocada de la naturaleza, no verían en ella sino piedra en bruto, piedra en cantería, piedra en edad de piedra, y la llamarían por eso *La Pedrera*. Pero si Gaudí hubiera construido una casa digna de llamarse simplemente *La Pedrera*, no habría salvado nada. En la suya continúa el mismo capricho, el mismo afán por dar ductibilidad a la piedra y hacer palpar la forma. Este capricho en él se convierte en algo dramático y fatal, ya que quiere que la piedra sea carne de su carne, para que su casa resulte carne de arquitecto. Así mientras las piedras de las demás casas caerán en su día, las suyas, llenas de sentido, continuarán eternas porque son, como diría Gómez de la Serna, piedras arrancadas de la pedrera viva del espíritu.

Las torres-campanario de *La Sagrada Família* como grandes espinas nostálgicas parecen asomarse al mar. Cubiertas de adherencias extrañas de los cuatro elementos —trozos de estrellas agonizantes, palomas de alabastro cogidas al vuelo, vegetación policroma de tierra y mar, figuras geométricas de caleidoscopio mágico— se ofrecen con humilde y brillante exaltación.

La hermosa *Pedrera*, como mujer en plenitud, se oculta pudorosa entre telarañas de cristal y de fierros. Despeinada después de un danzar lento y meditativo, parece saludarnos con gesto discreto, segura como está de nuestra admiración; con sus carnes ondulantes de piedra hermosa como piel conseguida sin afeites, con su rosa de piedra sobre el pecho y la diadema de sus chimeneas blancas de encaje burdo.

El *Parque Güell* que se piensa creado para recreo de niños y paseo de enamorados, parece negarlo todo. Es más bien "enemigo" de todo eso. Es el parque-Narciso, el parque para sí sólo, el parque puro, si los hay, con su naturaleza propia: columnas como troncos, pedacera de vidrios y cerámica como flores, bancas y pretilos con formas de aguas en movimiento, y figuraciones humanas y animales que se insinúan y animan con la luz cambiante, como sus únicos paseantes y moradores. ¿Qué rara intuición ha guiado a quienes cuidan de él para poner en la puerta ese letrerito que dice "se prohíbe entrar con flores", temerosos de que con el pretexto de entrar con ellas alguien salga después, cargado con aquellos trocitos de cristal y cerámica de colores que es la flora natural y verdadera de este parque?

Ante las extraordinarias construcciones de Gaudí se comprende la admiración de los arquitectos, el entusiasmo de los inteligentes, y la extrañeza de los turistas. . . Y se comprende también que todo el mundo esté de acuerdo en reconocer en el autor de *La Sagrada Família*, el genio de quien había de ser el último gran arquitecto de la piedra. En efecto, sus obras imponentes, severas e inquietantes, que parecen desafiar los órdenes y las leyes de la arquitectura —desafío que parece dictado a Gaudí por la voz inspirada y enérgica de una fuerza depuradora— son los últimos grandes monumentos de la arquitectura construidos con el "duro y noble material". Después de Gaudí los grandes arquitectos han trabajado con otro material, el cemento, que exige y propone otras soluciones arquitectónicas entrevistas y resueltas en gran parte por él, enlazando así con la más estricta tradición los "funcionalismos" más atrevidos. Sin los trabajos y los descubrimientos del gran arquitecto español no hubieran sido posibles muchos *avances*, muchas *revoluciones* que para sostenerse necesitan de la meditación genial y la experiencia.

Si la importancia de los principios de Gaudí en la evolución arquitectónica mundial no son más conocidos esto se debe, en gran parte, a la indiferencia, congénita en los españoles, para valorar a sus grandes hombres. Ahora, por primera vez, a los ciento cuatro años de su nacimiento y treinta de su muerte, se prepara una gran exposición sobre Gaudí. Cada día hay mayor interés por conocer sus obras, y los nuevos estudios que sobre ellas han hecho algunas de las personalidades del mundo artístico internacional señalan entusiastas sus aciertos, que no dudan en considerar como los mayores del siglo actual, entre otros uno que es la base de sus obras; el haber planteado "la inexactitud de clasificar en *sustentantes* y *sostenidos* los elementos de una estructura".

Esta gran exposición que recorrerá muchas de las grandes capitales del mundo, y que sería de desear se presentara en México, está siendo organizada por los *Amigos de Gaudí*, cuyo centro se encuentra establecido en el *Palacio Güell* de Barcelona.